

MONTES DOCA



RODRIGO no ha perdido su tiempo, que no es hombre de palabras, sino de acción.

Para hacer grandes cosas están de más los discursos. Hay una sola palabra que es la buena, las otras sólo estorban. Tampoco se requieren muchas voluntades; todas sobran menos una.

Desolado vió Rodrigo la desolación que los moros iban dejando a su paso. Mostraba a sus huestes, para animarles, los campos destruídos, las villas incendiadas, y seguía la marcha.

De los caballos sudorosos subía al espacio una neblina espesa. En pos de tal jefe, ni un desmayo sienten sus hombres. Se apodera de todos el mismo frenesí. Son una larga cadena electrizada en marcha hacia el Destino.

Rodrigo va galopando y sus pensamientos van galopando también con el mismo ritmo de su caballo. Piensa: "¡Ah! Si yo tuviera unos cuantos miles de hombres y si no hubiera luchas entre los cristianos, si yo pudiera unificarlos a todos, en cuán poco tiempo limpiaría a España del invasor. España, tan hermosa, con su cuerpo

desnudo destrozado por miles de alfanjes. España, España, cómo te amo, cómo te respiro, cómo te oigo. Voz adolorida, ¿qué esperas de mí? Ruy Díaz, todo lo espero de ti, tú eres mi única, mi última esperanza, el postrer promontorio de mis esperanzas. Si tú no haces nada, seré eternamente la cautiva encadenada, sangrienta. Ruy Díaz, mi fuerza eres tú, mi brazo es tu brazo, mi cabeza es tu cabeza, mi corazón es tu corazón. ¡Oh España, España mía." Los pensamientos de Rodrigo resbalan por sus espaldas, resbalan por el anca de su caballo, caen al suelo, se confunden, se embrollan, se iluminan, se apagan, vuelven a encenderse. "Y tú, Jimena, ¿qué haces? ¿qué estás haciendo? Tu cólera contra mí no puede ser sincera ni durable. Niña que enloquece la vida, que embruja la luz que la rodea, que da vértigo a la noche. El mundo de tu risa es el único mundo habitable. Ríe, ríe; mi corazón llora sobre el pájaro de tu risa. Mi corazón canta sobre la pasión de tus ojos. Tus ojos, único mar navegable. La fatalidad se cogió en las redes de nuestra vida. ¡Ah! monstruo, monstruo, viscoso, color de huracán, que rompió las mallas del futuro más cálido y melodioso. Jimena, Jimena mía, mi lamentación vibra a lo largo de España. España, Jimena, Jimena, España. España, España, Jimena, Jimena, España."

—Alto ahí, muchachos. Alto.

Un campamento árabe se levanta al frente. Montes Doca, detrás del campamento, bate al aire banderas musulmanas.

Mil tiendas blancas se yerguen como senos sobre el campo. Un jeque moro en su caballo blanco con su manto blanco, con la espada de luna nueva y empuñadura de oro y concheperla blanca, vigila el silencio blanco.

Visión de nieve y de espuma. Rodrigo contempla. Saliendo de un ensueño cae en otro ensueño.

El vigía moro, allá lejos, cierra el camino con toda la altura de su turbante blanco, mete el Oriente en Europa, mete el Oriente ante sus pasos y con un sueño de Mil y Una Noches corta sus sueños.

—¡Ea! Uno de vosotros—grita Rodrigo.

Salta Martín Antolínez.

—Ve a decir a ese moro que comunique a sus cinco reyes que tienen media hora para entregarme la ciudad y volver a sus tierras. De lo contrario, les haremos volver en la punta de nuestras lanzas.

Se aleja al trote Martín Antolínez a cumplir su misión. Hay movimiento entre los moros, movimiento de turbantes y de brazos. Movimiento de banderas y de lanzas.

Prepara Rodrigo a sus hombres en orden de combate, a orillas de la batalla. En la otra orilla también se preparan. Ha pasado la mitad del tiempo y aun no vuelve el mensajero.

Hay un río de silencio entre los dos ejércitos. Martín Antolínez viene atravesando ese río.

—Los moros no aceptan el ultimátum y se admiran de semejante audacia.

—Bien—dice Rodrigo; y grita a sus huestes:

—A la carga, infanzones de Vivar, y no dar paz a la mano mientras cada uno no cuente cinco muertos a su haber. Menear fulminando el hierro insano, para que el insano entre en razón.

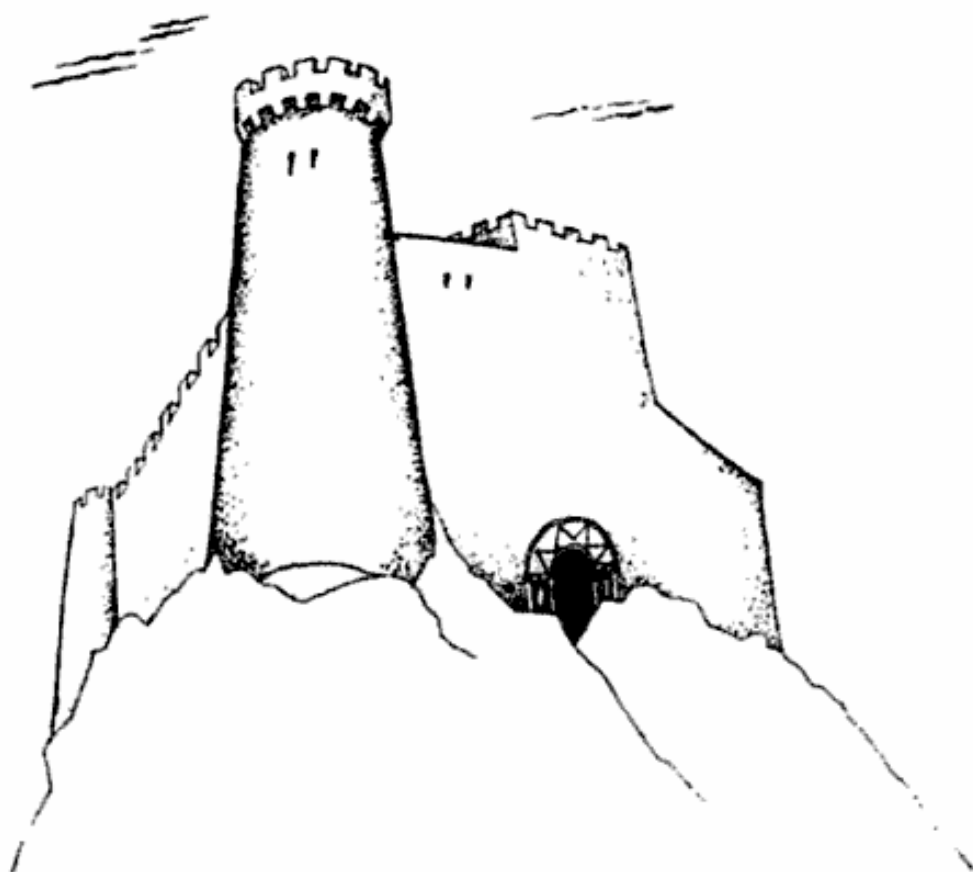
La columna se desprende del paisaje, veloz, vientre a tierra y se hunde como un tren en la falange enemiga.

Retroceden los moros, empujan los castellanos. Adelante. Adelante.

V. HUIDOBRO

El aire es una siembra de picas y de espadas. Adelante. Adelante.

Cada metro que pierden los moros, lo ganan los de Vivar. El choque es irresistible, y al fin el enemigo se ve obligado a encerrarse en el castillo de Montes Doca.



Rodrigo le pone sitio. Los moros, viendo que la cosa se vuelve peligrosa, tratan de huir por una puerta posterior.

El de Vivar se da cuenta de la maniobra. Deja a Alvar Fáñez al frente de la mitad de sus hombres y con la otra mitad se lanza a la carrera hacia el otro lado.

Al verle venir los moros tratan de cerrar las puertas. Inútil intento. Ya es tarde. Rodrigo se precipita al frente de su grupo y alcanza a atropellar los batientes antes que se junten. Babioca estrella con su pecho de hierro

y tira a rodar por el suelo diez moros. A empellones de caballo abre las puertas de par en par y por allí se cue-
lan todos sus hombres.

Adentro ya no hay más lucha. Al verse perdidos los cinco reyes, prefieren capitular y entregan sus armas. Rodrigo les hace cautivos y les saca encadenados en medio de sus hombres.

Libera a los cristianos prisioneros, conquista gran botín que reparte entre todos los suyos.

—Bien te has portado, Babieca—dice Rodrigo, acariciando su caballo.

Los moros le miran con ojos alucinados. ¿Qué hombre es éste, que con tan pocos hombres despedaza a sus enemigos? ¿Qué rayo de la guerra? ¿De dónde sale este titán desconcertante y rápido?

En medio de su mesnada, Rodrigo observa el reparto del botín. Los cinco reyes moros no pueden creer en sus ojos. Aplastados, fatales, en el fondo de sus sesos arábigos piensan estar soñando, y en lo más oriental de sus células se despierta un terror sagrado, un respeto supersticioso que se comunica a todos sus guerreros, allí detrás de ellos, prisioneros también, esperando las órdenes que dé aquel muchachote imberbe, de labios de leche y ojos de infierno.

El muchacho imberbe, de pie en medio de la tarde, contempla la tarde que se quema en sus ojos, en sus terribles ojos color victoria.

Sus hombres le contemplan con veneración. Los moros lo miran con ojos de encantamiento bajo el poder de un hechizo, y sienten flotar mil maleficios en torno de sus cabezas. Se hablan en voz baja unos a otros y pasa el hechizo como un anillo de dedo en dedo.